

xrite

colorchecker CLASSIC



mm

M.C.D. 2022

A-209-23.

P. 35.684

ATA-00107 doc. 13



CARTA PASTORAL

que á su venerado y muy amado

CLERO Y PUEBLO

DIRIGE EL EXCMO. É ILLMO.

ARZOBISPO DE ZARAGOZA,

CON MOTIVO

de las Alocuciones de Nuestro Santísimo Padre Pio IX de 29 de octubre, y de los gravísimos acontecimientos á que se refieren.



ZARAGOZA.

Establecimiento Tipográfico de D. José Maria Magallon, 1866.

A-209-23.

P. 35.684

ATA-00107 de 13



CARTA PASTORAL

que á su venerado y muy amado

CLERO Y PUEBLO

DIRIGE EL EXCMO. É ILLMO.

ARZOBISPO DE ZARAGOZA,

CON MOTIVO

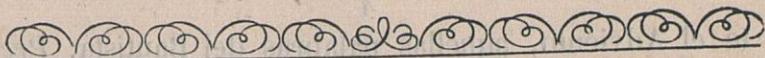
de las Alocuciones de Nuestro Santísimo Padre Pío IX de 29 de octubre, y de los gravísimos acontecimientos á que se refieren.



ZARAGOZA.

Establecimiento Tipográfico de D. José Maria Magallon,

1866.



DON FRAY MANUEL GARCIA GIL,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica Arzobispo de Zaragoza, etc.

À nuestro Venerable y muy amado Clero y pueblo
salud, espíritu de oracion y penitencia, y la mas plena confianza
en nuestro Señor Jesucristo.

Venerables Hermanos é Hijos:

Siempre han sido consideradas las semanas que anteceden al Nacimiento del Señor, como un tiempo especialmente destinado á la oracion y á la penitencia, como una época de santificacion y recogimiento en que deben prepararse los fieles, para celebrar dignamente la aparicion del Hijo de Dios vestido de nuestra carne. La Iglesia en su admirable litúrgia, los Santos Padres en sus sermones y homilias, varios concilios en sus amonestaciones y decretos, y los mas sábios y celosos Pastores en sus cartas y discursos de viva voz al pueblo, no han cesado en todos los años y siglos de inculcar, duran-

te el Adviento, aquellas palabras del Bautista: *Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas.*

Diferentes fueron en verdad las prácticas adoptadas por las distintas Iglesias particulares, según los tiempos y circunstancias; y hasta fué desigual la duración del Adviento, extendiéndose en algunas partes á cuarenta días de ayuno y de abstinencia, lo mismo que la cuaresma, mientras que en las mas era sólo de tres ó cuatro semanas, ya de ayuno de precepto todas, ya sólo la mitad de los días, ya en fin, como sucede generalmente ahora, dejándose á la elección de cada uno las mortificaciones y privaciones que su fervor le inspire. Pero en todos los lugares y tiempos ha sido siempre uno mismo el espíritu de la Iglesia de Dios, uno mismo su anhelo, uno mismo su clamor continuo. *Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas.*

Si desde el primer domingo nos pone delante el formidable juicio, la última venida del Hijo de Dios para juzgar á los hombres y dar á cada cual su merecido; si en las dominicas siguientes nos presenta al Bautista, ora enviando sus discípulos á Jesús, para que oyendo su doctrina y viendo sus obras, no puedan dudar que es el verdadero Mesías; ora humillándose ante los enviados de los judíos, protestando y declarando que no es el Cristo, ni su Profeta, ni merece siquiera desatar la correa de su calzado, que no es mas que la voz, la simple voz del que le anuncia; ora en fin predicando en las riberas del Jordan penitencia y bautizando con agua,

miéntras llega el que ha de bautizar con el Espíritu Santo; si en los Evangelios de este tiempo, digo, nos presenta la Iglesia los pasages mas á propósito para hacernos formar una idea digna del Señor, cuyo nacimiento ha de recordarnos despues llena de entusiasmo y regocijo; si al propio tiempo en las oraciones, en los himnos, en las lecciones y responsorios, en todo el oficio divino nos recuerda los suspiros, las esperanzas, los inefables consuelos que se prometian de este divino nacimiento las generaciones de cuarenta siglos, para que inframos de aquí la importancia é inmensidad del beneficio; hay en todo esto un pensamiento principal, dominante, que es el fin y el resúmen de todo, y que por lo tanto inculca la Iglesia con particular insistencia, repitiendo á cada paso esta palabra: *Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas.*

¡Ah! Es que la Iglesia divinamente enseñada sabe muy bien que aunque *la Luz resplandezca en medio de las tinieblas, las tinieblas*, es decir, los hombres que aman las tinieblas, el error y el vicio, *no son capaces de comprenderla.* Es que sabe que esta divina *Luz vino al mundo*, y el mundo *no la conoció*; que *vino á los suyos*, á su nacion, á su pueblo; y su pueblo *no se ha dignado recibirla.* Es que tiene muy presente que no se dará la dignidad y *el poder de hacerse hijos de Dios á los que no creen en él*, ni renacen de él por la gracia, sino que obran como *hijos de la carne y de la sangre*

siguiendo sus depravados apetitos. En una palabra, la Iglesia nuestra madre, ardientemente solícita de que prevengamos y celebremos en su día provechosamente el nacimiento del Señor, de que recordemos con tales disposiciones su primera venida á redimirnos, que merezcamos hallarle propicio en la segunda, cuando con poder y majestad habrá de volver á juzgarnos; no pierde ocasion ni omite medio de excitarnos á prepararle el camino por la fe, por la oracion, por la práctica de obras de piedad y de caridad, y á rectificar sus sendas, las sendas que á él nos conducen, por la correccion y enmienda de nuestra vida, y el dolor y detestacion de nuestros pecados. La Iglesia predica penitencia con especial empeño ántes de la Pascua de Navidad, como ántes de la Pascua de Resurreccion; porque estas son las dos principales fiestas del Cristianismo, y el principio y el fin de casi todas las demas. ¿Por qué ha de pasar desapercibido para una gran parte de los cristianos el tiempo santo del Adviento? ¿Por qué olvidarnos de que fué tiempo de riguroso ayuno, durante muchos siglos; de que lo es aun hoy para las órdenes y congregaciones religiosas; y de que, si no se manda ya como precepto á la generalidad de los fieles, por no exponerlos en medio de tanta tibieza á nuevos pecados; la Iglesia sin embargo desea siempre, aconseja siempre, mantiene siempre el mismo espíritu, é inculca la misma idea de que el Adviento sea para todos los cristianos un tiempo especial de oracion, mortificacion y retiro, una

gran vigilia para disponernos á celebrar dignamente el aniversario del nacimiento divino?

Yo no haria otra cosa, venerables hermanos é hijos muy amados, que seguir el ejemplo de un San Pedro Damian, de un San Bernardo de Claraval, de un San Cárlos Borromeo, y de otros varones igualmente sábios y santos, si por sólo el motivo de la santidad de este tiempo os exhortase con todas mis fuerzas á renovar antiguas piadosas prácticas, á ayunar, siquiera algunos dias, durante estas semanas, á privaros en ellas de cualesquiera diversiones; y aun robar algunos momentos á vuestros negocios, para consagrarlos á la piedad, para expiar los pecados y recibir con mas frecuencia la sagrada Comunión, y añadir á todo esto abundantes obras de caridad y misericordia, que tan bien disponen las almas para recibir al que es la misma Misericordia.

Pero hay en verdad en el año actual otros motivos mas particulares, apremiantes, gravísimos, que me obligan á dirigirme á vosotros, y pedir os con mas instancia oraciones y ayunos, mortificaciones y limosnas, gemidos y lágrimas. Conoceis todos, sin duda, la situacion triste, deplorable, angustiosa en que se encuentran la Iglesia y la Sociedad. La Iglesia sufriendo la mas deshecha borrasca, la persecucion mas horrible en su Cabeza y en sus miembros; y la sociedad desquiciada, desorganizada, desmoralizada, porque se ha olvidado de la Religion que es su fundamento y su clave. La Iglesia vejada y escarnecida, no sólo de afuera, sino tambien por mu-

chos de sus propios hijos; la sociedad agitada, vacilante, inquieta, temiendo cada día los acontecimientos de la noche, y cada noche los acontecimientos del siguiente día. La Iglesia apurando, como su divino Autor, las heces de su Pasión, y pasando por la agonía del Calvario, aunque cierta de no sucumbir; la sociedad herida de muerte y amenazada de la más completa disolución, porque no hay vínculo seguro, ni vida posible sin Dios. La Iglesia, como aquella venerable matrona del Apocalipsis, gime con dolores de parto, viendo delante de sí al Dragón de siete cabezas que quiere devorar á sus hijos; la sociedad, sin ojos apénas para llorar, ni corazón para sentir, corre poseída de una especie de vértigo, ciega y delirante al abismo.

Volved los ojos, amados míos, á donde queráis: levantadlos y tendedlos por toda Europa: aun más por todo el antiguo y nuevo mundo: ¿qué veis? *Gens contra gentem, et regnum adversus regnum, et terræmotus magni per loca, et pestilentie et famæ, terroresque de cælo, et signa magna....* alzamientos, insurrecciones, revoluciones, guerra por todas partes: reinos lanzándose casi en masa contra otros reinos, naciones contra naciones, razas contra razas; y de una misma raza, de una misma nación, de un mismo reino, pueblos destrozando á otros pueblos, vecinos á vecinos, hermanos á hermanos. Las tierras y los mares enrojecidos de humana sangre, campos cubiertos de cadáveres, troncos derrumbados ó bamboleando, regiones enteras desoladas,

ciudades convertidas en escombros... ¡y la violencia y la impiedad triunfantes las mas veces! ¡Y la Religion y la justicia oprimidas!... Y ya no sucede á la guerra la paz, una verdadera paz. Se descansa solamente, permítaseme hablar así, sobre las armas: se conceden algunas tréguas; pero tréguas para minar los terrenos, para urdir nuevas tramas, para sorprender al enemigo con nuevos y mas formidables armamentos; en fin, para lanzarse la ambicion con mas seguridad á nuevas agresiones é iniquidades. La buena fe parece haber huido de la tierra. Las promesas mas terminantes de amistad, las palabras de honor, los pactos jurados, los tratados internacionales mas solemnes, no inspiran la menor confianza: la santidad del derecho no tiene valor; y las leyes santísimas de Dios y de su Iglesia son cual ligeros escrúpulos de que se burlan los poderosos. ¡Desgraciada humanidad! jamas tus derechos han sido proclamados mas ostentosamente; ni conculcados al mismo tiempo con mas impudencia. Jamas se ha exaltado tanto tu orgullo, hasta hacer de tí un Dios; ni te han reducido á mayor bajeza, hasta no dejarte otra ley ni otra defensa que la fuerza...

Entre tanto la justicia divina se hace sentir de otros muchos modos sobre los pueblos. Terremotos, inundaciones, epidémias, mortandades espantosas de hombres y de animales, enfermedades generales y permanentes en las plantas mas necesarias para el sustento; he aquí los menores castigos con que muestra el Señor su indignacion contra el hombre. La

ceguedad de este, que no comprende ni quiere meditar sobre la causa de sus males, su indiferencia cada vez mayor en todo lo que toca á su suerte y vida futura; su apego estúpido á intereses y placeres del momento; su soberbia y ambicion satánica, miéntras se rebaja por sus obras al nivel de las bestias, su aversion á toda doctrina saludable, su desprecio sistemático de la verdad, y ese furor infernal con que todos los dias y á todas horas vomita las mas execrables blasfemias contra el Santo de los Santos; ¡ay! estas son las calamidades mas espantosas con que Dios suele castigar á naciones incorregibles. Abandonarlas á sí mismas, *entregarlas á un sentido réprobo* permitiendo que no haya impiedad ni infamia con que no sean manchadas, como lo hizo en otro tiempo con los paganos... ¿Se acercan por ventura los dias de que está escrito, que cuando venga el Hijo del Hombre, el Juez de vivos y muertos, apénas hallará fe en la tierra? ¿Tocamos ya la época de esa apostasia general, de que hablaba S. Pablo á los fieles de Tesalónica, en que se manifestará el hombre del pecado, el hijo de la perdicion, el cual se alzaré contra todo lo que se dice Dios, contra todo lo que es adorable, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que él es el Dios?

No nos es dado, en verdad, amados hijos y hermanos, conocer los tiempos y momentos que nuestro Padre celestial ha reservado á sí mismo. Pero al considerar que la última de las heregias que pue-

den propalarse, es el ateísmo; y el último de los crímenes que el hombre puede cometer, es ponerse en lugar de Dios, pretender ser adorado por Dios; al observar que este crimen y esta heregia se predicán hoy impunemente en una gran parte del mundo, que son el blanco y las aspiraciones de una red infernal de sociedades secretas que se extiende por toda la tierra; y que esto es en resúmen lo que queda y lo que se pretende sustituir, después de abolido todo culto y toda creencia; al considerar esto, digo, y observar que la audacia de ese ateísmo é idolatria propia llega hasta el punto de pretender, si le fuese dado, extinguir toda luz divina, derrocando la Cátedra maestra, la Cátedra única infalible de las doctrinas del cielo, arrancando la Piedra fundamental sobre que el Señor ha establecido su Iglesia, y colocando en su lugar *la abominación de desolación*, la bandera del error y del crimen; ¡ah!... yo no afirmaré que se acercan los tiempos de la última catástrofe y disolución del universo; pero sí, que amenazan á la sociedad humana convulsiones espantosas, calamidades inauditas, si pronto no retrocede de sus vías de perdición, y si no nos apresuramos todos á desarmar la ira de Dios con oraciones y penitencias.

El mal ha tomado proporciones enormes; las doctrinas mas antisociales é impías han invadido las naciones todas: el panteísmo que es la negación del verdadero Dios, y la deificación de lo que no es Dios, ha conseguido plantear cátedras, maestros y

periódicos que lo propaguen; los pueblos escuchan sorprendidos, pero al fin escuchan, las palabras lisongeras de la infernal serpiente que les dice: «sois soberanos, sois dioses.» Desde entónces no hay para ellos deberes, sino derechos: no hay gratitud ni obediencia, sino la imposicion de la voluntad mas fuerte. Relájanse por rigorosa consecuencia todos los vínculos que unian al hombre con la Divinidad y al hombre con el hombre. Y no hay autoridad respetable, ni gobierno posible, ni sociedad, ni familia; todo fluctúa, todo desaparece ante la idea de que el hombre es absolutamente independiente, absolutamente libre, absolutamente dueño de sí mismo, el único juez de sus acciones, la única regla de su moral, que es para sí mismo la ley, en fin que es un dios, y no hay para él otro Dios.

De aquí la justificacion de todas las defecciones y rebeliones; la aprobacion y defensa de la usurpacion y conculcacion de los derechos mas santos; las apologias mas cínicas de la prostitucion, de la seduccion, del divorcio, del perjurio, del asesinato y de toda clase de vicios y crímenes: de aquí el odio jurado y perpétuo á la Religion Católica y su doctrina, á sus leyes é instituciones santísimas, porque cohibe las pasiones, condena el orgullo y amenaza con castigos eternos al pecador impenitente, al impio obstinado. Y de aquí, por último, esa persecucion tan sostenida, encarnizada, sin tréguas contra la Iglesia de Jesucristo y su Cabeza visible, su Jefe y su Oráculo el Romano Pontífice, porque habla

en nombre del cielo, porque reprende y juzga sin acepcion de personas á grandes y á pequeños, á poderosos y débiles; porque llama tirania á la tirania, rebelion á la rebelion, robo al robo, impiedad á la impiedad, tinieblas á las tinieblas; porque no se amolda á *las exigencias del siglo* mirando indiferente la propagacion del error; ni admite *el derecho nuevo* fundado sobre injusticias y violencias, ni transige con esa clase de *progreso y civilizacion*, cuyas tendencias y objeto final son la emancipacion completa, absoluta del hombre, es decir, el sacudimiento de todo yugo, de toda ley, de toda autoridad divina y humana.

Este es el deplorable estado de la sociedad, amados hermanos é hijos míos; y esta y no otra la causa de esa conjuracion vasta, espantosa, general contra el Venerable y Santo Pontífice Pio IX. La soberbia que nunca abandonó á los hijos de Adan desde el primer pecado, aumentada sobre manera por la presuncion de una falsa ciencia, y llevada al último extremo por las doctrinas panteistas que divinizan al hombre para negar á Dios, no puede sufrir obstáculos ni reconvenciones. ¿Las halla en el Pontificado Romano? Abajo, pues, el Pontificado Romano.

Verdad es que harto sagaz é hipócrita la revolucion para no querer alarmar á todos los católicos atacando de frente la piedra fundamental del edificio santo, procura inventar pretextos y cubrirse con vanos disfraces. «No se trata, dice, del poder espiritual del Papado: no combatimos al Pontífice, sino

al Rey. ¿Por qué no cede Pio IX? ¿Por qué se niega en todo caso á reconciliarse con la Italia, y la Religion quedará á salvo?»

¡Reconciliarse con la Italia!... ¿Pues qué? Pio IX es acaso, ni ha sido nunca enemigo de la Italia? ¿La ha combatido, la ha ofendido en algo, á no ser tal vez porque la avisa de los peligros que corre su fe, porque ora y llora, y no cesa de encargar fervientes oraciones por ella? Pero se quiere que se reconcilie, no con la Italia, sino con los opresores del Catolicismo en Italia; ¿y será este el modo de dejar á salvo la Religion? Se quiere que abrace, que dé el ósculo de paz á los expoliadores de las Iglesias, á los perseguidores de los ministros y esposas de Jesucristo, á los conculcadores de los sagrados cánones, á los despreciadores de las censuras eclesiásticas y de la moral evangélica. Se quiere que dé el ósculo de paz á los violadores de los mas solemnes Concordatos, á los fautores de la herejia y del cisma, á los sancionadores del divorcio y del concubinato bajo el título de *matrimonio civil*, y á los que, despues de haber arrebatado segunda vez las vestiduras del Salvador en la persona de su Vicario, se esfuerzan en arrancarle tambien la túnica, para que desnudo, sin asilo, sin defensa, y sin la libertad indispensable para egercer su altísimo ministerio, sea el objeto de la befa y de los insultos de los impios.

Y se quiere aun mas, que contribuya él mismo á su despojo, y apruebe la iniquidad: que ceda

derechos, que desde su elevacion á la Silla de San Pedro ha jurado sostener hasta la muerte; que renuncie á una dignidad y á un patrimonio que no es suyo, sino de doscientos millones de católicos extendidos por toda la tierra; que descienda de la condicion de soberano á súbdito, de libre á siervo, y se deje atar de este modo las manos para no poder apacentar á su grey, ni comunicarse con los fieles, ni hacer oír su voz, la voz del cielo, la palabra divina, de que es el principal depositario é infalible intérprete, á los poderosos y á los débiles, á los reyes y á las naciones. ¿Puede acceder á esto Pío IX?

No, no. *Non licet, non possumus*, ha contestado ya una y cien veces el digno sucesor del Príncipe de los Apóstoles, el heredero de la fortaleza y santidad de los Clementes y Martinos, de los Bonifacios y Benedictos, de los Leones y Gregorios. «No podemos, no nos es permitido rebajar nuestra dignidad, esclavizar nuestro ministerio, quebrantar los juramentos hechos, y ponernos en contradicción con los sentimientos, doctrinas y protestas de todo el Episcopado Católico, comprometiendo al propio tiempo la paz y seguridad de las conciencias de la universalidad de los fieles.» «No podemos, acaba de repetir una vez mas desde la altura del Vaticano, en presencia de la mas augusta Asamblea, y haciendo oír desde allí sus palabras á todo el universo: «No sólo no podemos renunciar el Principado civil constituido por divino designio de la Providencia en

bien de toda la Iglesia; sino que debemos vigorosamente defender todos los derechos de ese mismo Principado, y protestar con toda energía contra las usurpaciones de las provincias de la Santa Sede, como muchas veces hemos protestado, y en esta ocasión con mayor fuerza todavía protestamos y reclamamos. Pues todos saben con cuanto celo los Obispos del mundo católico, ya de viva voz, ya por escrito, han defendido el Principado de esta Sede Apostólica, y han declarado que este Principado, particularmente en las presentes circunstancias del mundo, es del todo necesario para defender y proteger la plena libertad del Romano Pontífice en apacentar toda la católica grey, la cual libertad está absolutamente unida con la de toda la Iglesia.» «Y no se avergüenzan de clamar, añade, que debemos reconciliarnos con Italia, esto es, con los enemigos de nuestra Religión que se jactan de constituir la Italia. Pero ¿de que manera Nos, que constituidos en defensores y revindicadores de nuestra santísima Religión, de su saludable doctrina, de la virtud y de la justicia, debemos procurar la salud de todos, podemos jamas convenir con los que no sosteniendo la sana doctrina, y cerrando los oídos á la verdad, huyen de Nos, y ni aun quisieron atender á nuestros deseos y ruegos, encaminados á que tantas diócesis de Italia privadas de auxilio y consuelo pastorales, tuvieran al ménos sus Obispos?»

Así habla, y así contesta á cuantos le piden cesiones y reconciliaciones absurdas el venerable y san-

tísimo Pontífice, á la vista de sus mismos enemigos engreídos, y cuando, como él mismo dice, «todos pueden ver y conjeturar fácilmente á cuales y cuantos peligros está expuesta la Sede Apostólica, convertida en blanco de acerbísimas amenazas de rebelion, del odio de los incrédulos y de las iras de los enemigos de la Cruz de Jesucristo:» cuando «de todas partes y de continuo llegan á sus oídos las voces furiosas, con que no cesan de gritar que la ciudad de Roma no sólo debe ser partícipe, sino cabeza de la funestísima revolucion y rebelion de Italia.» Y añade aun estas gravísimas y para siempre memorables palabras: «*Nos en verdad, por mas que nos hallemos privados de casi todo humano socorro, teniendo sin embargo bien presente nuestro deber, y enteramente confiados en el auxilio de Dios omnipotente, estamos dispuestos, aun con peligro de nuestra vida, á defender impertérritos la causa de la Iglesia á Nos encomendada por Jesucristo, y si fuere preciso, á emigrar á otra region, donde del mejor modo posible podamos ejercer nuestro ministerio Apostólico.*»

He aquí, pues, mis venerados hermanos é hijos, la resolucion final, la resolucion suprema de nuestro Santísimo y atribuladísimo Padre Pio IX. Es la del buen Pastor que está pronto á dar la vida por sus ovejas. Es la del defensor intrépido de la justicia que no puede olvidar aquella máxima de los libros santos: «Lucha por la justicia hasta el último aliento, combate por ella hasta la muerte, por-

que Dios peleará por tí contra tus enemigos.» Pero ¡qué impresion tan dolorosa y acerba deben causar en todos los corazones católicos esas palabras de Pio IX! No es raro ciertamente en la historia de la Iglesia ver á los Papas perseguidos, desterrados, encarcelados, y aun sellando la fe con su sangre, como la selló el divino Maestro, cuya persona representan y cuyas veces egercen. Pero ¡cuán triste es el verlos desamparados de sus hijos, *des-tituídos de casi todo humano socorro*, despues que el Evangelio se ha extendido por todo el Orbe, y cuando se hallan rodeados de tantos pueblos que llevan el nombre *cristiano!* ¡Qué triste es que, de tantas poderosas naciones que deben á la solicitud y celo de la Silla Apostólica y á los misioneros enviados por el Vicario de Jesucristo, su fe, su libertad, sus leyes, toda su verdadera civilizacion é importancia, las unas dominadas por la heregia, ó minadas por el racionalismo la hostilizen manífiestamente, y las otras escuchen indiferentes sus lamentos, ó se muestren impotentes para socorrerle! ¡Qué triste es sobre todo que nuestros pecados hayan colmado de tal manera la medida del sufrimiento de Dios, que hagan rebosar el cáliz de su indignacion hasta permitir que se renueven en nuestros dias todas las orgias y bacanales del paganismo, todas las violencias y depredaciones vandálicas, y quizá crímenes no desemejantes al perpetrado por los judios, el deicidio!

Bien sabemos, y es un consuelo muy grande pa-

ra los hombres de fe, que no ha de sucumbir, que no ha de faltar jamas la Iglesia santa que Jesucristo se adquirió con su sangre, y con la cual se ha desposado para siempre. Bien sabemos que no ha de faltar tampoco la Sede de San Pedro, piedra fundamental de la misma Iglesia, contra la cual no es dado á todas las potestades del infierno prevalecer. Y sabemos por último que si algunas veces parece dormir el Señor mientras su barca es furiosamente batida por el huracan y parece van á sumergirla las olas, sabe imponer á su tiempo á las olas y á los vientos, y restablecer la bonanza; ó por usar de las palabras mas claras de la misma Alocucion de Pio IX, que cuando la *Iglesia está destituida de todos los auxilios humanos, suele Dios obrar admirables prodigios que manifiestan su omnipotencia y hacen ver su divina diestra.* «Pero todavia es sumamente doloroso, como nos advierte el mismo Santo Pontífice, no poder estar ciertos de que esta ó aquella nacion hayan de conservar siempre el preciosísimo tesoro de nuestra divina fe y Religion. Porque hay muchos pueblos, añade, que en otro tiempo custodiaban fielmente el depósito de la fe y la disciplina de las costumbres, y que ahora ¡ay! se han desprendido de aquella piedra sobre la cual está fundada la Iglesia, y se han separado de Aquel, á quien ha sido concedida la potestad de confirmar á los hermanos, y de apacentar los corderos y las ovejas, y entre sus propias discordias, y envueltos en las tinieblas del error, están en gravísimo peli-

gro de su salvacion.»

Por todo lo cual termina su Alocucion nuestro amantísimo y celosísimo Padre y Pastor universal, conjurando una y otra vez á los Obispos de todo el mundo católico, á todo el clero católico, y á todos los hijos de la santa Madre Iglesia, á que con toda fe, esperanza y caridad ofrezcan sin cesar á Dios oraciones y súplicas, para vencer á los enemigos de la Iglesia y conducirlos al camino de salvacion: porque, como decia San Juan Crisóstomo, «grandes armas son las oraciones, grande custodia, gran tesoro, gran puerto y segurísimo refugio, con tal que nos presentemos al Señor sobrios y vigilantes, con el espíritu recogido de todo extraño pensamiento, y sin dar entrada alguna al enemigo de nuestra salud.»

¿Y de qué modo mejor, amados míos, puedo concluir yo esta carta que insistiendo en estas mismas palabras, exhortándoos y conjurándoos á todos por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo, por el amor de vuestra salvacion eterna, por el bien de la Iglesia y de la Sociedad profundamente agitadas, á que oreis y multipliqueis vuestras oraciones sin término, para inclinar la divina clemencia, y obtener el remedio de tantos males?

Habeis visto la horrorosa tempestad que el infierno ha levantado contra la Iglesia católica, y contra su Cabeza visible el Romano Pontífice. Habeis visto el odio, el furor, la guerra á muerte declarada contra todo lo que es santo, pero concentrada mas particularmente sobre el Vicario de Cristo, por-

que, herido el Pastor, es fácil dispersar el rebaño. Habeis visto el estado deplorable en que se halla la sociedad humana, divorciada en gran parte de Dios, minada por una revolucion atea, presa de las doctrinas mas disolventes y anárquicas, sin fe, sin costumbres, sin regla, y corriendo ébria y delirante á un infalible abismo. Habeis visto tambien que la justicia divina, provocada por tantos crímenes, viene, hace tiempo, enviando castigos sobre castigos, calamidades sobre calamidades; y que sin embargo todo esto no es mas que el preludio de calamidades mayores, de convulsiones y catástrofes inauditas, si el mundo no despierta y se corrige; porque la tierra no puede ya soportar el peso de tantas impiedades y abominaciones. En fin, habeis visto que todo, todo nos está demostrando la necesidad indispensable, urgentísima de aplacar á Dios ofendido, con oraciones y lágrimas, con mortificaciones y limosnas; y sobre todo con el arrepentimiento mas sincero de nuestros pecados y la enmienda mas fervorosa de nuestra vida. Todo dice, y todo clama á gritos *penitencia y oracion.*» Y *oracion y penitencia* os pido y suplico yo con el affligidísimo y amantísimo Pio IX. Es el único remedio para aliviar sus tribulaciones, para salvar á la sociedad y para salvarnos á nosotros mismos: el único remedio para detener las divinas venganzas, y para ganar y salvar á los mismos perseguidores, pues Dios *no quiere su perdicion, sino que se conviertan y vivan.*

Oremos, pues, hijos míos, con el corazón conmovido á la vista de tantos males, á que también hemos contribuido con nuestros pecados; pero oremos al mismo tiempo con grande aliento y confianza; porque *la oración humilde penetra los cielos, y el Señor no desecha jamás á un corazón contrito y humillado.* ¡Ah! ¡y qué ocasión tan oportuna, como el tiempo santo del Adviento! ¡cuándo se acercan los días en que apareció de lleno en la tierra la benignidad y humanidad de nuestro divino Salvador!... ¡Y cuánto no debe aumentarse nuestra fe y confianza, si apelamos además á la mediación de la Santísima Madre de Dios, cuya Concepción Inmaculada celebraremos dentro de breves días, y cuyo inefable dogma ha definido el mismo Venerable Pontífice, que hoy se halla tan atribulado!... Por eso os he manifestado ya anticipadamente mis deseos de que esta fiesta y su octava se celebre con la mayor solemnidad y edificación posible en todo el Arzobispado. Por eso deseo también y encargo encarecidamente que se haga su novena en todas las parroquias y conventos, ya sea en la misma octava, ó después; pero que se haga con gran fervor, excitando á los fieles al propio tiempo á purificarse de sus culpas por una buena confesión, y á ofrecer la sagrada comunión por las necesidades del Sumo Pontífice y de toda la iglesia católica, por las de nuestro reino y de todos los pueblos cristianos, y por la conversión de todos los desgraciados pecadores. Hacedlo

así, Hermanos é Hijos queridos, y tened buen ánimo. Dios no ha permitido sin particular designio que las mayores tribulaciones de Pio IX, se anuncien precisamente para los dias que son como de favores y gracias para su Madre Santísima. Ella obrará cuando y como convenga; pues lo puede todo con su Divino Hijo. Ha triunfado de las insidias de Satanas en el primer instante de su Concepcion; ¿cuánto mas despues que está reinando en los cielos?... Interponed, pues, con viva fe su mediacion poderosa... Orad y confiad, como ora y confia siempre vuestro amante, aunque muy indigno Prelado, que os bendice en el nombre del Padre y del Hijo y del Espiritu Santo. Dada en nuestro Palacio Arzobispal de Zaragoza á 26 de noviembre de 1866.

Fr. Manuel, Arzobispo de Zaragoza.

Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi Señor,

Dr. Fr. José Valiño,

SECRETARIO.



de... y...
 no...
 que las...
 con...
 favor...
 para...
 que...
 con...
 de...
 que...
 con...
 que...
 con...
 de...
 de...

Por mandado de S. M. I. el Arzobispo...

D. F. de...

